

# SER FELIZ EN EL ENCUENTRO CON LA ARQUITECTURA

---

Antonio Estepa Rubio

Escuela Técnica Superior de Arquitectura

Universidad San Jorge

---

## 1. ARQUITECTURA DE/PARA LA FELICIDAD

La Real Academia Española define «felicidad» en la primera acepción de su diccionario como «Estado del ánimo que se complace en la posesión de un bien» y paralelamente define «arquitectura» como el «Arte de proyectar y construir edificios», si bien, por la pertinencia de la temática que vamos a tratar más adelante, suprimiremos esta última palabra, aceptando la definición de arquitectura como el «Arte de proyectar y construir».

Así pues el objetivo que se pretende con el presente estudio es, tal y como su título enuncia, hallar la felicidad en el encuentro con la arquitectura, esto es, proyectar y construir el estado del ánimo que se complace en la posesión del bien; dando por hecho que sea como fuere, este anhelo es realmente alcanzable desde las posibilidades que ofrece la arquitectura.

La relación entre arquitectura y felicidad se puede establecer de forma esencial a través de dos modos conceptualmente diferenciados, que nos llevan de forma inequívoca a explorar dos realidades, que muy poco tienen que ver entre sí.

Podemos hablar primeramente de la «arquitectura de la felicidad», que bien podría tener que ver con la resolución de las estructuras y configuraciones necesarias que se demandan desde el intelecto para comprender cómo llegar a la felicidad (tanto desde una valoración individual como desde una valoración grupal o social). Se trataría de proyectar las estrategias, las acciones y la configuración de las etapas que habríamos de cubrir para poder ser/estar felices, siempre y cuando esto fuese susceptible de poderse planificar.

Por otro lado podríamos hablar de la «arquitectura para la felicidad», que cabría entenderse como la suma de todos aquellos complementos circunstanciales que interactúan inevitablemente con el individuo o la sociedad, y que posibilitan el ser/estar felices; los cuales han de ser considerados y valorados irremediabilmente, tanto si han sido planeados con esa intención, como si por el contrario han sido fortuitamente encontrados al efecto.

Mientras la «arquitectura de la felicidad» se caracteriza por la intangibilidad y por pertenecer al universo interior de cada una de las personas, a la cultura o la historia de las civilizaciones, las tradiciones o las costumbres de las sociedades; la «arquitectura para la felicidad» se caracteriza por su condición material y por su carácter tangible, así como por su necesaria asociación a un marco espacio-temporal determinado, sin cuya presencia no cabría su comprensión.

La primera es, o al menos puede considerarse, una programación psicológica, mientras que la segunda es a todas luces una programación de carácter físico; si bien, las dos se caracterizan por tener una fuerte ligazón que las asemeja de forma notable, esto es, ambas se estructuran para satisfacer necesidades sensitivas, o lo que es lo mismo, se determinan, programan u organizan para complacer a los sentidos.

«Para» y «de» son dos herramientas eficaces de ideación de estados que afectan al ser humano, y que propician el control de las situaciones que originan las relaciones, tanto de los individuos entre sí, como de los individuos y los grupos con los elementos materiales.

Para entender simplíficadamente la disociación de ambos pareceres haremos un símil muy resumido, aplicado sobre un ser vivo de complejidad infinitamente menor que la de un ser humano. Supongamos que pretendemos establecer los parámetros que son necesarios para propiciar la felicidad de un vegetal; entonces cabría preguntarse qué necesidades funcionales pretende desarrollar, si estas son o no esenciales para lograr su sentido existencial último, y si para el desarrollo de tales funciones caben estados de complacencia mayores o menores.

Para el caso de un vegetal, proyectar la arquitectura de su felicidad es sencilla, y consiste básicamente en dibujar un proceso óptimo que le permita poder completar su ciclo vital, es decir, nacer, crecer, reproducirse y finalmente morir; para ello demanda de una serie de acciones que *a priori* conoce y que serán las que posibiliten su existencia; como serán la capacidad de captar los rayos del sol y la extracción de nutrientes del terreno de donde emana, con los cuales cada día logrará realizar la fotosíntesis para subsistir (entendemos que todo ello es inherente a su definición genética); aquí la arquitectura no habrá de consistir más que en la determinación de un orden de las acciones que se deben ejecutar, así como en la organización de los procedimientos concretos a desarrollar en cada una de las acciones requeridas, a efectos de generar exactitud, y con ella eficacia.

Si bien la definición de los procesos que constituyen lo que hemos denominado «arquitectura de la felicidad» no necesariamente han de

ser siempre posibilitados por el individuo para consigo, pues en el caso de un vegetal es evidente que la presencia de una abeja que transporta el polen desde una flor hasta otra es fundamental para poder conseguir parte de sus determinaciones vitales de rango mayor, para el ejemplo, hacer plausible su reproducción.

La «arquitectura para la felicidad» en un vegetal, tal y como también sucederá en los demás casos de complejidad mayor, no se regirá por patrones de trascendencia vital, sino que lo que busca es más bien la construcción de entornos de amabilidad, en donde el desarrollo de las acciones que pertenecen a la «arquitectura de la felicidad» se puedan dar sin problemas.

Entonces la «arquitectura para la felicidad» es quizá complementaria a la anterior, y sin duda su ligazón necesaria e inextinguible a un marco espacio-temporal la limita en su cometido a solo una parte del ser, esto es, a la parte física o fisiológica, en tanto que la intelectual, la psicológica, la trascendental, la espiritual, muy poco, o nada, queda afectada por ella. Así la «arquitectura para la felicidad» en el caso práctico de un vegetal se acerca a la definición del mejor lugar para su plantación, la disposición de las mejores capas de terreno de donde extraer el nutriente, el control de la orientación más ventajosa para el desarrollo de la fotosíntesis o la posibilidad de protección frente al ataque de agentes bióticos que puedan degradarla.

Elevar estos principios a seres más complejos implica necesariamente que «para/de» se transfiguren en estructuras asociativas de dificultad comprensiva, además de que forzosamente tengamos que entrar a estudiarlas por partes. La felicidad es desde un punto de vista teórico un concepto de muy difícil definición, pero si damos por buena la simplificación de Seligman (2011) que afirma que la felicidad es asimilable al bienestar, ya no cabría duda alguna de que la arquitectura es un vehículo ciertamente adecuado para su persecución.

El mismo Seligman (2002), en la construcción de su teoría de la auténtica felicidad, defendía que la consecución de esta versaba primordialmente en aumentar la satisfacción, pero posteriormente procederá a la revisión de esa afirmación para enunciar definitivamente su teoría del bienestar, cuyo objetivo principal se orientará en el crecimiento como persona a través de cinco vías: la emoción positiva, la entrega a los demás, la búsqueda del sentido vital, la búsqueda de relaciones positivas y la consecución de los logros (Seligman, 2011).

La manifiestas y notables diferencias entre «para/de» y la especialización que cada una de ellas adquiere al ser aplicadas a las necesidades reales de los hombres, ha hecho que se pauten desde disciplinas diferenciadas.

Entenderemos que la «arquitectura de la felicidad» pertenece a un campo de estudio que se mueve entre la psicología y la sociología, que demanda un itinerario por la ética y por la mística, para instalarse cómoda y definitivamente en la filosofía; mientras que por el contrario la «arquitectura para la felicidad», estará cerca de las ciencias ligadas a la tecnología y a lo experimental; aunque es evidente que de su acercamiento con la anterior aflorará cierta reminiscencia a lo sublime, que demandará la presencia de la estética y las ciencias sociales, para garantizar que la ideación sea coherente, sea diversificada, y se despoje con firmeza y sin complejo de «recetas» que pretendan falsamente eludir el esfuerzo.

Así pues en lo sucesivo nos centraremos en el estudio de la «arquitectura para la felicidad», y dejaremos para otras disciplinas la investigación sobre la «arquitectura de la felicidad», tema que quizá ha de ser resuelto por especialistas y pensadores equipados con otros pareceres y conocimientos.

No se trata de querer eludir el problema real del encuentro con la felicidad, pero es evidente que arquitectos y artistas quedamos limitados a la resolución de problemas que se puedan asumir desde el trabajo con la materia, que por su naturaleza física la encasilla en soluciones que afectarán al hombre principalmente desde la corporeidad, aun cuando tangencialmente también pudiese hacerlo desde el intelecto.

Tal vez la lectura del libro de Jackson (2004), titulado *Los diez secretos de la abundante felicidad*, podría arrojar algo de luz sobre alguno de los principios fundamentales sobre los cuales se podría erigir la «arquitectura de la felicidad», pero como hemos dicho antes, esta temática comienza a distar en exceso de la disciplina que practicamos con rigor los arquitectos.

## **2. CONFIGURACIONES DE LA «ARQUITECTURA PARA LA FELICIDAD»**

La búsqueda de la felicidad en el mundo occidental contemporáneo se ha volcado desmesuradamente en el desarrollo de lo exterior; así pues nuestra civilización no se sustenta en la búsqueda de la realidad y de las verdades absolutas, sino que más bien se ha propuesto prosperar en el arte de la contemplación (Racionero, 2001), lo que de manera intrínseca implica la necesaria e insaciable construcción de interrelaciones con la realidad física, y permite que nos instalemos definitivamente en lo que últimamente se ha llamado como «sociedad de consumo».

No tendría sentido hablar del progreso y del desarrollo de nuestra sociedad, si se sucedieran los avances técnicos y aumentase constantemente la producción de bienes de consumo, pero paralelamente no se consiguiese que fuera mayor el bienestar psicológico de los individuos que forman parte de ella, o lo que es lo mismo, si la sensación de acercamiento a su «felicidad» no se manifestase (Garcés, 2009: 9).

Actualmente destaca que los progresos de la abundancia tengan como contrapartida perjuicios cada vez más graves, los cuales son consecuencias del desarrollo industrial y del progreso técnico, por una parte, y de las mismas estructuras del consumo, por otra. Así aparece, tal y como señala Baudrillard (1974), la degradación del marco colectivo por las actividades económicas: ruido, contaminación del aire y del agua, destrucción de los parajes y trastorno de las zonas residenciales por la implantación de nuevas instalaciones (aeropuertos, autopistas, etc.); por lo que podemos afirmar que los daños culturales, debidos a los efectos técnicos y culturales de la racionalización y de la producción contemporánea son incalculables (Carrasco Rosa, 2007).

La investigación desarrollada por los profesores Muñoz, Grilló, Díaz y Buil (2011), para construir y testar una herramienta propia de medición de la felicidad, que respondiera con precisión a la conceptualización teórica que reflejase el estado de bienestar real, tanto del individuo como de la sociedad, nos puede ayudar a simplificar el camino del conocimiento exhaustivo para comprender cómo programar la «arquitectura para la felicidad»; pues no en balde, del análisis de la estructura y razón de la Escalera de la Felicidad de Siete Escalones (7SHS, sus siglas en inglés), se puede pautar una serie de cometidos que habría de resolver cualquier arquitectura destinada a tal fin.

Del estudio analítico de los peldaños de 7SHS, se ha intentado dar respuestas a través de la propia arquitectura, para poder dirimir lo siguiente:

### **2.1. Escalón 1. Supervivencia física**

Al ser este el escalón que se refiere a las necesidades humanas básicas, incoadas a las condiciones materiales y a la seguridad, habremos de resolver que es el estrato en la que se desenvuelve con mayor soltura la arquitectura.

Aquí la situaremos como una disciplina con capacidad para estructurar y gestar planificación, desde dos directrices escalares diferentes: la planificación de los límites que definirán los espacios inmediatos que

van a interactuar con los usuarios, y la planificación y gestión de las estructuras de urbanidad.

Desde tiempos inmemoriales, la arquitectura se ha preocupado de dar cobijo y protección a los hombres, digamos que es precisamente esa tarea la chispa existencial que propicia el nacimiento natural de la disciplina; pues cuando el hombre primitivo advierte que al amparo de la caverna es capaz de controlar factores como la temperatura, la iluminación, o muy especialmente las incidencias de las acciones climatológicas, y advierte que allá podrá almacenar con seguridad las piezas de caza frente al ataque de depredadores, no hace más que «negociar con el espacio» las relaciones e interacciones de dependencia, en este caso con una operación simple de acotación de los contornos, pasando del espacio abierto celeste a un espacio controlable y adecuado a una escala menor.

Después, como es lógico, se complejizará la forma en la que el hombre se apropia de las posibilidades del entorno natural, y ya no solo le bastará con reutilizar preexistencias, sino que por el contrario será capaz de manipular la materia, para someterla a un estado de control determinado, desde el cual consigue inteligentemente obtener beneficio. Si bien, es precisamente la obtención de ese beneficio lo que propicia el bienestar defendido por Seligman, que defendemos se puede alcanzar gracias a la puesta en escena del potencial de la arquitectura.

De la naturaleza social del ser humano surgirá la necesidad de perpetrar mecanismos de control y organización de las interacciones que se darán entre iguales, y de estos con el medio físico. Por esto de cara a satisfacer la primera de las exigencias de la 7SHS en una revisión colectiva, serán de aplicación las determinaciones que dispondrá la urbanística (desde lo menor a lo mayor), por las cuales surgirán las leyes de jerarquización del espacio público y de relación con el espacio de dominio privado, los sistemas y redes de movilidad y actualmente los parámetros de urbanidad referidos a la sostenibilidad y la eficiencia de los recursos energéticos.

En este escalón podemos decir que la arquitectura (arquitectura para la felicidad) es *grosso modo*, un cúmulo de sucesos dirigidos por la mano del hombre, que se comporta como una herramienta de carácter fundamental para ayudar a determinar los actos con los que este opera, toda vez que le sirve para configurar el escenario donde pretende desarrollarlos, eso sí, exclusivamente desde las prestaciones de lo material y lo tangible.



Figura 1. Krubera-Voronya, situada en la República Autónoma de Abjasia, Georgia, cerca de las costas del mar Negro. Fuente: *National Geographic* (30 de mayo de 2012). [http://tierradoradamx.blogspot.mx/2012/05/expedicion-al-centro-de-la-tierra\\_30.html](http://tierradoradamx.blogspot.mx/2012/05/expedicion-al-centro-de-la-tierra_30.html)

## 2.2. Escalón 2. Las relaciones con lo/los demás

La tesis doctoral de la arquitecta Cristina Gastón Guirao, presentada en la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Barcelona y publicada posteriormente por la Fundación Caja de Arquitectos (Gastón, 2005), utiliza la obra de Mies Van der Rohe como excusa ideal para establecer una lógica discursiva entre la arquitectura y el lugar donde se implanta; a nosotros nos sirve como ejemplo clarísimo para justificar que las relaciones con lo/los demás es algo connatural a la arquitectura, que establece conexiones destinadas a adecuar necesidades y posibilidades.

La felicidad, entendida como satisfacción, encuentra en la arquitectura un aliado fiel. Así la obra de Mies es en este sentido especialmente sensible, pues con la claridad que acostumbra, nos muestra ejemplos ciertamente significativos de lo que significa la relación con lo/los demás. Pensemos por un momento en la Casa Farnsworth, donde la constitución del proyecto se hace necesariamente desde la relación del objeto arquitectónico con el característico entorno en el que le toca implantarse, a la vez que propone un modelo de relación con el usuario de ruptura, puesto que la supresión

de elementos de partición y de cerramiento opacos para ser sustituidos por livianas mamparas de vidrio, de algún modo pervertía la lógica heredada del entendimiento que habría de formalizarse entre objeto y sujeto.



Figura 2. Casa Farnsworth, Mies Van der Rohe (1951). Foto: Ulysses Ronquillo. Fuente: <http://proyectosinteriores.files.wordpress.com/>

Algo similar ocurre con el urbanismo, puesto que no podemos dejar a un lado el hecho de que la planificación de la ciudad responde a la necesidad nacida de la relación de uno con otro, otros con otros, y de todos estos tanto con el medio físico natural como con el que ha sido ejecutado por el hombre.

Así podríamos hablar de las necesidades colectivas, e incluso de la felicidad colectiva; desde donde sería necesario articular reglamentos que sirviesen para ordenar y planificar las acciones, que proyectadas directamente al marco de lo físico (de lo territorial), nuevamente justifica y da potestad resolutoria a la urbanística como disciplina actora.

### **2.3. Escalón 3. La valoración**

Cabría catalogar aquí la búsqueda de la felicidad a través de la valoración de los actos; que a su vez puede ser dividida en dos niveles diferenciados: por un lado, el de la percepción externa, y por otro, el de la valoración que la propia persona hace de sí misma.

Aquí la arquitectura tendrá también capacidad de generar situaciones de sorprendente intensidad, ya no necesariamente con el usuario que la emplea a nivel práctico (aunque también podrían suceder), sino más bien con aquellos que la engendraron, esto es, con los arquitectos.

El objeto arquitectónico (incluso el proyecto del mismo) es capaz de establecer una relación de filiación con el arquitecto que hace que en muchos casos este lo sienta como una parte que se arranca de él. Tan intensa puede llegar a ser esta comunión, que algunos grandes maestros consagraron su vida por completo a la resolución y realización de algunas de sus obras (es inevitable pensar en la actitud del genial Antoni Gaudí cuando proyectaba y construía el Templo Expiatorio de la Sagrada Familia en Barcelona), hasta el punto que se produce tal reducción del interés por cualquier otra cosa que no sea la que los nubla, que su felicidad e infelicidad penden del alumbramiento de la obra.

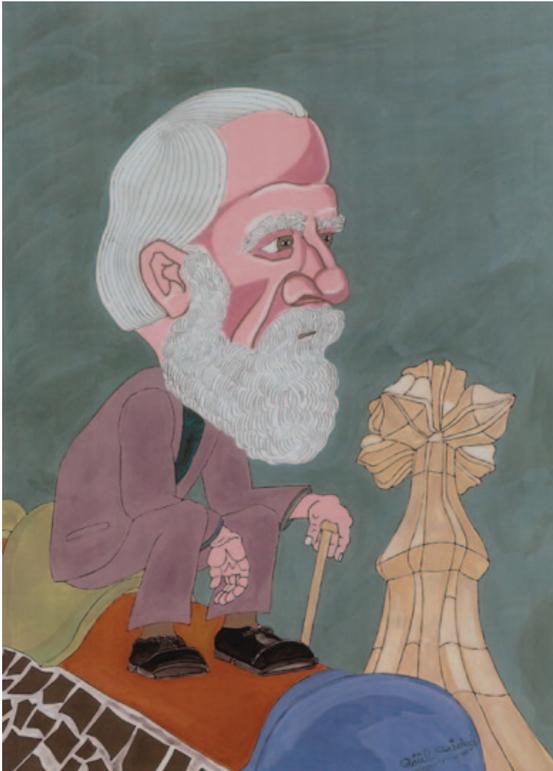


Figura 3. Caricatura de Antoni Gaudí. Autor: Raúl Vidal. Fuente: <http://el-ravi.blogspot.com/es/>

Precisamente desde esta realidad, que es bastante más frecuente de lo que nos imaginamos, podemos entender con claridad que la crítica haya tomado tanto protagonismo en el mundo de la arquitectura, quizá mucho más que en otras ramas de las bellas artes. El reconocimiento en arquitectura es algo que anhela cualquier arquitecto, pues es a partir de la crítica como mejor se puede entrar en distintos «circuitos», que permiten paralelamente poder acceder a distintos tipos de encargos y posibilidades, *a priori* limitados a los que tienen reconocida su pertenencia a la élite.

La valoración externa está a su vez íntimamente ligada a la autovaloración, puesto que la exclusión puede llegar a ser tan voraz, que no son pocos los arquitectos que sienten frustración real por los resultados de su arquitectura.

#### 2.4. Escalón 4. El crecimiento

Derivado de lo que entendemos del escalón anterior, podemos también entender con relativa sencillez que el crecimiento sea también uno de los intereses fundamentales de la arquitectura (tan ligada a lo largo de los tiempos a lo experimental).

José Morales Sánchez, catedrático de Proyectos Arquitectónicos en la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Sevilla, en un artículo para la revista *El Croquis* (Morales, 2002: 504-537) dictamina con acierto que las condiciones bajo las que se desarrolla la arquitectura de la contemporaneidad han cambiado muy notablemente con respecto al presente anterior, lo cual implica una necesaria ruptura con las formas de hacer y de pensar que se habían empleado.

Esto, que *a priori* es de difícil entendimiento, y que podría pasar desapercibido al ser tildado como algo anecdótico por los profanos en la materia, es sin embargo de importancia máxima, en tanto que la arquitectura tiene la obligación de estar en continua revisión para conseguir responder con reciedumbre a las demandas que se le exigen. Por ello, el crecimiento (entendido como la adecuación referida) es sustancial para propiciar con acierto la construcción de «arquitecturas para la felicidad», pues qué sentido tendría responder a los problemas del presente con actitudes del pasado, que además de dejarnos insatisfechos, corroborarían manifiestamente el fracaso de los que ejerciesen estrategias arquitectónicas caducas.

Para conseguir el crecimiento de la disciplina es necesaria una ejercitación iterativa que asegure la presencia de la experimentación y

el ensayo. No obstante la lógica ha articulado que los concursos de ideas en arquitectura adquieran un protagonismo que sin duda no existe en cualquier otra área de conocimiento, y que ha permitido improvisar laboratorios *low cost* de donde se han desprendido resultados que han dejado manifiestas soluciones muy actualizadas, incluso adelantadas al momento, sobre las problemáticas y pertinencias de nuestro tiempo.

Gracias a esta tarea incansable de desarrollo, la arquitectura posibilita soluciones para la felicidad que, aplicadas por ejemplo específicamente al campo de lo doméstico, han logrado transformar nuestra forma de vida muy sustancialmente. Las nuevas tipologías sobre el habitar, o las propuestas de implantación urbana que se han planteado en las últimas ediciones del concurso internacional sobre vivienda colectiva European, dan muestra formidable de ello.

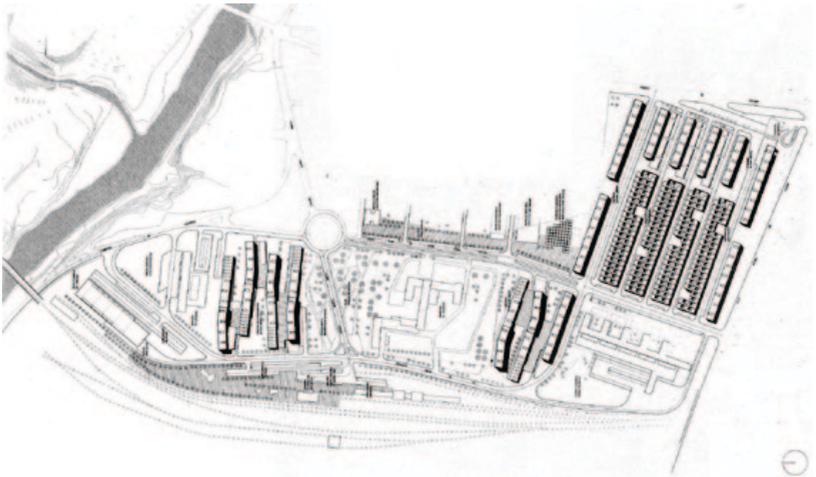


Figura 4. Propuesta para European IV en Aranda de Duero. Autores: Ángela García de Paredes e Ignacio García Pedrosa. Fuente: [www.european-esp.es](http://www.european-esp.es)

## 2.5. Escalón 5. El sentido vital

Encontrar respuestas directas al sentido vital del ser humano a través de la arquitectura (o incluso a través de cualquier sustancia física) resultaría ciertamente costoso, pues para el usuario que la ocupa adquire una dimensión de servicio, una dimensión de complemento

para la consecución de necesidades mayores; si bien es cierto que esta situación trascendental adquiere otra dimensión absolutamente opuesta si nos referimos nuevamente al arquitecto como actor/planificador.

El arquitecto, en el momento que asume la tarea de producir su arquitectura, no como una simple actividad profesional, sino como una forma de vida, como una forma de expresión de actitudes, o como una manera de dar respuesta a las pertinencias de la vida (suya y sobre todo ajena), hace justificable que la arquitectura se transforme en una necesidad vital básica para su propia existencia.

En tanto que la arquitectura pertenece a la rama de las bellas artes, estará impregnada de un halo de esencia artística que posibilita que la podamos catalogar como un vehículo eficaz para transmitir sentimientos y/o más complejamente, para provocarlos.

Dejaremos para la justificación del último nivel, la explicación de aquella cualidad que confiere a la arquitectura la posibilidad para acercarse a lo trascendental, a lo divino, a lo sagrado, pero haciendo un primer acercamiento, diremos que el arquitecto, como actor/planificador adquiere parcialmente la totipotencia del Ser Supremo; lo que deriva en posicionar su acción, esto es, su obra en sintonía con las necesidades más sobrenaturales, y por lo tanto fundamentales para que se sustente la vida.

Pero volvemos a repetir, que esta dimensión es mucho más acentuada en aquellos seres que por naturaleza y formación han adquirido una mirada más profunda sobre la realidad de la materia, es decir, aquellos que hacen suyas las prácticas artísticas, y que entienden la estética y la composición como necesidades fundamentales en su cotidianidad. Como decimos, es más habitual que adquieran este rango los que están en contacto directo con la producción artística, esto es, músicos, escritores, pintores, escultores, actores, arquitectos, etc., aunque como es lógico no será la producción el único camino para llegar a este estado, en tanto que se puede llegar a él por simple predisposición, simplemente permitiendo a uno o a varios de nuestros sentidos que desarrolle en nuestro espíritu una filiación con este que se torne indomable.

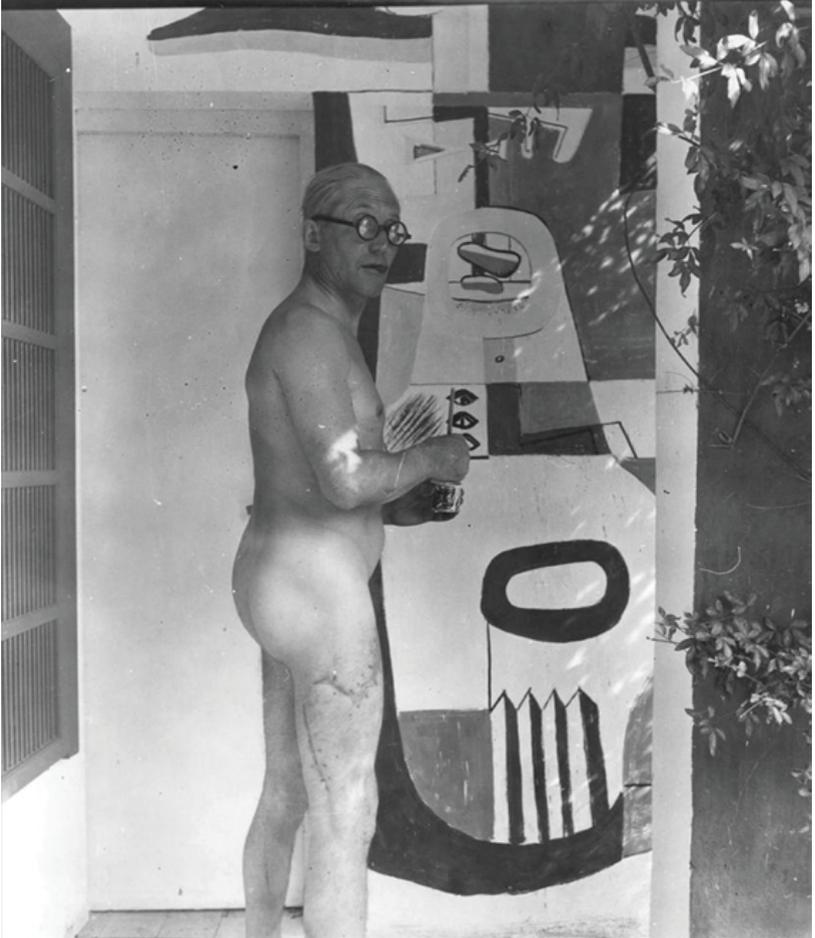


Figura 5. Le Corbusier pintando un mural en la casa de Eileen Gray (1939).

## 2.6. Escalón 6. Contribución al bien común

Tal y como se indica en la investigación desarrollada por los profesores Muñiz, Grilló, Díaz y Buil (2011: 9), en este nivel toca observar si de alguna manera el sentido vital va parejo al sentido de contribución al bien común, sea en principio del entorno social inmediato, como de la sociedad en general, la humanidad, o incluso del entorno físico del planeta.

Se trataría pues de determinar si la arquitectura contribuye útilmente a la construcción del bien común, esto es, si es capaz de generar provecho colectivo y con ello tiene posibilidad alguna de exonerar a otras disciplinas en la tarea de hacer más eficaz la búsqueda de la felicidad a los individuos y a sus agrupaciones.

Para dar respuesta a esta cuestión lo primero que habría que resolver es la duda de si la arquitectura es, o pretende ser, una ciencia de acción netamente individual, o si por el contrario toda arquitectura está impregnada de una contextualización social. En este caso la respuesta parece acercarse —al menos en el sesgo histórico en el que nos toca vivir— a la solución de que no hay acción arquitectónica que no tenga repercusión para con la comunidad, motivo por el cual, la legislación ha tenido que ir paralelamente transfigurándose.

Si hacemos buena la premisa de que la felicidad se sustenta en el bien común, entonces la capacidad estratégica del urbanismo y de la arquitectura ha de ser etiquetada necesariamente como referente para conseguir este objetivo. Por ello el reconocido arquitecto y pensador Andrés Jaque (2009: 88-95) habla de la «ciudad parlamento», desde la cual define haciendo suyas palabras de Lakoff y Johnson (1980), que los valores y expectativas de una cultura pueden recuperarse de las metáforas con que se describe la ciudad y su territorio.

Una alianza de individuos que no solo comparten destino e intereses, sino también la organización profunda del presente, y la idea de ciudad como marco de confianza y asociación interpersonal disponible, en el que la expresión y los propósitos individuales emergen en lazos de cooperación y confianza, hace pensar que la ciudad contemporánea puede ser contada como un punto intermedio en el desplazamiento entre distintos modos de construir vínculos y compromisos para la comunidad. Por ello, es de reseñar la importancia creciente que la conexión de voluntades individuales ha tomado en los procesos renovadores de la ciudad, y cómo en la actualidad la experiencia personal de tener una identidad individual que definir, un destino que cumplir, ha superado la escala privada y se ha convertido en una fuerza constructiva de grandes proporciones (Jaque, 2009: 93-94).

La arquitectura será pues una buena estructura en la que cimentar la identidad de esta nueva sociedad participada, que tiene su ideario definido como la suma negociada de intereses que nacen, en su gran mayoría, desde otros individuales. La arquitectura, como soporte capaz de generar imagen y como mecanismo para poder definir esta nueva identidad tendrá el poder de llegar a imponer, incluso forzosamente, este ideario y será capaz

de modelar (o remodelar) los mecanismos de vida de las sociedades, en un primer momento, siempre desde las buenas intenciones.

Surgirán así nuevos eslóganes para la promoción de este pretendido beneficio común, desde donde suenan con estruendo y repetidamente vocablos como ecología, sostenibilidad, eficiencia, reversibilidad, patrimonialidad, formalismo, mutabilidad, flexibilidad, paisaje, lugar, cultura, identidad, historia, etc., y que son muestra evidente de las ideas ya maduras y puestas ahora en práctica, que pretenden definir las características de nuestro tiempo.

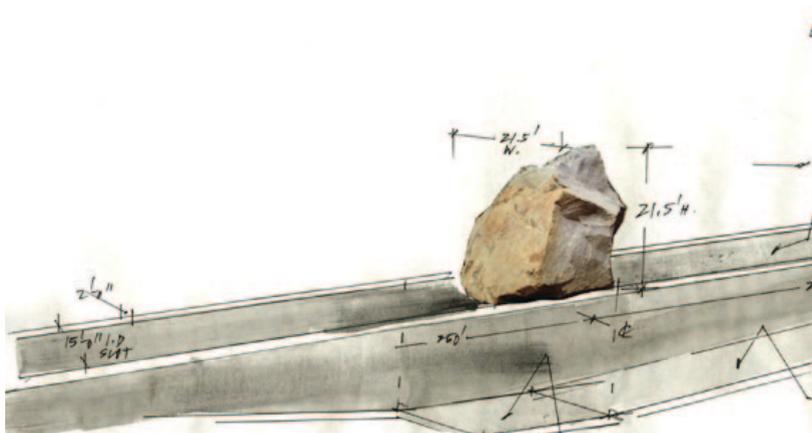


Figura 6. Boceto de la obra *Levitated mass*, Michael Heizer (Los Ángeles, 2011). Fuente: Jafe (2012).

## 2.7. Escalón 7 o supremo. Espiritualidad

Con anterioridad, nos referimos al arquitecto como un ser participado de la deidad que, por semejanza al Ser Supremo en la resolución de su acción, podría establecer sintonía con la capacidad creadora, incluso en un plano de carácter sobrenatural.

Tal referencia se justifica en el hecho de que la arquitectura tiene poder suficiente como para poder construir ya no solo realidades que pertenecen al mundo de la materia (sin la cual sería imposible trabajar), sino también al mundo de los sentidos, al mundo de lo intangible, de lo no cuantificable; esto es, la arquitectura, en su plano último y más trascendental será capaz de construir lo que algunos autores en la actualidad llaman de un modo complejo como «ambientes» (Pesci, 2006).

Así, haciendo nuestras las palabras de Rubén Pesci (presidente del Foro Latinoamericano de Ciencias Ambientales), abogaremos por defender y hacer comprender que la gran obligación de la arquitectura para con el futuro, consiste en la ardua tarea de despojarse de la necesidad de «construir» para pasar a la «búsqueda de la levedad».

¿Pero en qué se fundamenta esta levedad pretendida? Sencillamente en transgredir el plano material de la arquitectura para espiritualizar la acción que dimana de la obra construida, para permitir que las esencias básicas de la naturaleza queden intactas, inalteradas, vírgenes e impolutas; se trata de superar la anquilosada visión filosófica de Habermas-Heidegger de la trilogía: «ser-habitar-construir», que hasta no hace demasiado tiempo constituyó la condición de la vida humana, y que determinaba que «sin construir no habito, sin habitar no soy», y cuya raíz etimológica —según su sentido clásico occidental— desterraría el principio de sostenibilidad sobre el que se soporta el pensamiento contemporáneo.

Si bien este intento de espiritualizar la arquitectura no niega el hecho de la intervención, no evita la pertinencia de los lenguajes y no elimina la personalidad de la estética o la composición de los tiempos, sino que sencillamente propone la actuación consciente que habría de morar en el corazón de todo arquitecto, de todo artista, que tiene que trabajar con aquello que por evidencia no le es propio, sino ajeno.

Espiritualizar es reconstruir antes que intervenir insensiblemente, es construir relaciones con las preexistencias para ligarlas, articularlas y evitar impactos, es habitar los espacios abiertos propiciando relaciones sociales e intelectuales con el medio natural, es respetar lo frágil o lo que está en riesgo de perderse, es en definitiva no construir dureza sobre la belleza, para permitir que surjan sutiles entretejidos culturales que ensalcen los paisajes (naturales, sociales o de la memoria). Quizá ahora más que nunca, ser, será habitar levemente, y para ello se deberá aprender éticamente a articular lo diverso, recuperando la estética derivada de la misma trama de la vida, pasando entonces la arquitectura a ocuparse ya no del estudio del objeto, sino del estudio de las relaciones.

A partir de estos principios, Rubén Pesci desde los postulados de su maestro, Giancarlo de Carlo, acometerá una redefinición de la arquitectura, que amparada en la búsqueda de la felicidad del ser humano, proyecta la construcción-reconstrucción del ambiente; y así dirá:

Llamo «Ambitectura» a esta nueva dimensión de la arquitectura, donde la transversalidad entre disciplinas para construir el ambiente benéfico es una de las bases, estructurando arquitectura a las ingenierías, al paisaje, a las infraestructuras,

a los lugares sociales, a la organización de las mejores relaciones humanas en el territorio. La «Ambitectura» consiste en diseñar las relaciones humanas y naturales con el ambiente, entendido este como el hábitat de todas las cosas, su sostenibilidad, y las condiciones para la vida. (Pesci, 2006)



Figura 7. Tumba Brion, Complejo Monumental Cementerio de San Vito d'Altivole Treviso, Carlo Scarpa (1969-1978). Foto: Mario Gagliardi, <http://www.mariogagliardi.com/>

## BIBLIOGRAFÍA

- ÁBALOS, I. (2000): *La buena vida. Visita guiada a las casas de la modernidad*, Barcelona, Gustavo Gili.
- ALFADA, L. y MUÑIZ, P. (2009): *Habitares*, La Coruña, Andar Cuatro.
- BAUDRILLARD, J. (1974): *La sociedad de consumo. Sus mitos, sus estructuras*, Barcelona, Plaza & Janés.
- CARRASCO ROSA, A. (2007): «La sociedad de consumo: origen y características», *Contribuciones a la Economía*, enero.
- GARCÉS PRIETO, J. (2009): *La adicción al consumo. Autocontrol y responsabilidad en la compra y en el gasto*, Madrid, Unión de Consumidores de España.
- GASTÓN GUIRAO, C. (2005): *Mies: el proyecto como revelación del lugar*, Barcelona, Fundación Caja de Arquitectos.
- JACKSON, A. (2004): *Los diez secretos de la abundante felicidad*, Málaga, Sirio.
- JAFE, I. (2012): «340 Tons Of Art: “Levitated Mass” To Rock L.A.», *NationalPublicRadio.org*, 19 de junio, <http://www.npr.org/2012/06/20/155376058/340-tons-of-art-levitated-mass-to-rock-l-a>

- JAQUE, A. (2009): «De la ciudad organismo a la ciudad parlamento», VV. AA.: *Habitares. Los lugares de los ciudadanos*, La Coruña, Andar Quatro, pp. 88-95.
- LAKOFF, G. y JOHNSON, M. (1980): *Metaphors We live By* Chicago, Chicago, University of Chicago Press.
- MORALES SÁNCHEZ, J. (2002): «Las condiciones han cambiado». VV. AA.: *En proceso I, fin de siglo 1999-2002*, Madrid, Ediciones El Croquis, pp. 504-537.
- MUÑIZ, J., GRILLÓ, A., DÍAZ, Ó. y BUIL, T. (2012): *El Cociente de Felicidad de Siete Escalones. Estudio piloto para una nueva propuesta de medición de la felicidad eudaimónica*, Zaragoza, Universidad San Jorge.
- PESCI, R. (2006): «Arquitectura del ambiente». *Revista Ambiente Digital*, agosto, n.º 97.
- RACIONERO, L. (2001): *Oriente y occidente*, Barcelona, Anagrama.
- SELIGMAN, M. (2002): *The authentic Happiness. Using the new positive psychology*, Nueva York, The Free Press.
- \_\_\_\_\_ (2011): *Flourish: A Visionary New Understanding of Happiness and Well-Being*, Nueva York, The Free Press.